

Revolución y «Spätantike»: Problemas de Método en el Análisis Histórico de la Sociedad Tardorromana

GONZALO BRAVO CASTAÑEDA

I. APROXIMACIÓN A LA TEMÁTICA REVOLUCIONARIA: PUNTUALIZACIONES PREVIAS

En general la historiografía reciente que ha versado sobre el fenómeno revolucionario se mueve en un progresivo mecanicismo al aplicar sin discriminación conceptos, métodos y criterios valorativos análogos a épocas y sistemas sociales diferentes. La mayoría de los trabajos inducen al confusionismo y no precisan cuándo, cómo y por qué debe hablarse de revolución entre dos sistemas socioeconómico-políticos dados. Se atribuyen categorías revolucionarias a cambios sociales y/o políticos que se analizan bajo los patrones tradicionales, en orden a modelos prefijados que responden a las exteriorizaciones del proceso revolucionario más que a las condiciones objetivas en que éste se produce. Por todo ello, no se aprecian con claridad las motivaciones de base que concretizan una situación revolucionaria, generalmente encuadrada en un contexto de crisis.

Por otra parte, el avance surgido en estos últimos años, en el ámbito de las ciencias sociales, ha motivado el que historiadores y sociólogos se hayan preocupado especialmente de teorizar acerca de las «causas» así como de elaborar tipologías y esquemas evolutivos del fenómeno revolucionario, incluso sin que, en muchos casos, sea considerado éste como la dinámica misma del desarrollo histórico. Pero no es menos cierto que la mayor parte de estos trabajos albergan un propósito común que minimiza su proyección histórica: el de proporcionar

una visión sumaria de los hechos al lado de un examen crítico, más o menos riguroso, sin plantearse cuestiones metodológicas ni construir nuevas hipótesis explicativas; éstas podrían aportar perspectivas para su estudio o fijar limitaciones, según los casos, a fin de comprender el significado propiamente histórico —«cualitativo»— de las revoluciones en la continuidad/discontinuidad espacio-temporal —«cuantitativo»— de las distintas formaciones sociales, cuya sucesión refuerza la idea de que una «discontinuidad evolutiva» puede explicar de forma más coherente los cambios habidos en el transcurso histórico.

No obstante, las modestas aportaciones a este problema obedecen en gran medida al hecho de que el eclecticismo ideológico que caracteriza a los teorizadores tiende a desviar las cuestiones básicas del hecho revolucionario y, en cambio, conduce a abordar la cuestión marginando la problemática, necesariamente dialéctica, que lo define.

Al margen de esta problemática, la historiografía moderna debate aún la caracterización revolucionaria de un momento, proceso o período histórico en los términos clásicos: 1) a qué puede llamarse «revolución» o no-revolución, y 2) cómo la pretendida «revolución» puede ser reemplazada por otros términos lenitivos: seudorrevolución, golpe, movimientos sociales, conflicto. Es evidente que esta doble negatividad en que se enmarcan los trabajos «revolucionarios» no beneficia en nada la elaboración del sistema metodológico necesario a todo estudio que deba traspasar el tratamiento concreto y

positivo de los hechos para abordar las imbricaciones estructurales que se tejen en unas relaciones sociales históricas determinadas. De este modo, la discusión ya centenaria —desde Marx y Engels— de que el paso del modo-de-producción esclavista al feudal se produjera mediante una «revolución social» en la «Spätantike» (Antigüedad-tardía) se ha visto limitada en sus resultados prácticos, ya que privan los respectivos esquemas mentales de escuela¹ sobre la crítica objetiva y sistemática de la situación histórica de crisis y/o revolución. En otras ocasiones, el sistema metodológico de base aun a estas dos variantes —academicismo de escuela y crítica—² haciéndolo aún más rígido e impenetrable; la teoría se confunde con la realidad histórica pero no intenta explicarse, al haber negado «a priori» la categorización revolucionaria de la época tardoantigua³.

Sin embargo, en general se admite como necesaria la radicalización de los supuestos (precondiciones y precipitantes), algunos de cuyos elementos se convierten paradójicamente en verdaderos agentes del hecho revolucionario: violencia, concienciación de masas, clases y lucha-de-clases. El esquema no es, sin duda, más que un patrón historicista de cuño burgués que sólo admite soluciones sociológicas, pero que como «modelo histórico» sería preciso al menos completar y determinar su peso específico, delimitando las «constantes» y las «variables» que lo integran, al aplicarlo como base en el análisis histórico de procesos o situaciones revolucionarias.

Las razones expuestas deberían llevar a una profundización en el estudio de las relaciones sociales, históricas⁴. En cambio, la historiografía actual parece creer superada esta premisa al poner énfasis en las situaciones-límite, en las exteriorizaciones de

los conflictos, olvidando a menudo que esas eclosiones no pueden ser más que manifestaciones externas «coyunturales» de las contradicciones «estructurales» que las subyacen. Es preciso, por tanto, sistematizar en vez de inventariar, es decir, integrar los elementos descriptivos y explicativos en un cuerpo conceptual - analítico - interpretativo que permita abordar la problemática revolucionaria desde nuevos «supuestos» («Voraussetzungen»), en el sentido teórico del término.

Por nuestra parte, en la «renovación» de la problemática revolucionaria tardoantigua no podrá tachársenos de aceptar «hipótesis iniciales» como, por otro lado, es común en la historiografía revolucionaria de épocas modernas, puesto que no contamos con un modelo prefijado —el de revolución burguesa, por ejemplo— que avale nuestros presupuestos teóricos. Nuestro objeto, la «Spätantike», es, por el contrario, una época preburguesa y precapitalista, por lo que la aplicación de las tesis materialistas no puede realizarse de una forma simplista. Además, un análisis histórico riguroso exige la elaboración de una metodología indisoluble con los hechos de tal modo que en la exposición-explicación histórica no aparezca el método como mera yuxtaposición a los datos admitidos «a priori» como reales.

Finalmente, la síntesis de la base historiográfica que ha nutrido esta polémica divergente así como el replanteamiento de la problemática revolucionaria tardoantigua —en nuestro caso, expresada con formas tardorromanas— nos servirá para adelantar una solución metodológica, que si no es definitiva, sí está en la raíz del problema (No se olvide que el método histórico es esencialmente crítico-comprensivo y que la explicación histórica, en consecuencia, debe ser fundamentalmente «conclu-

¹ Nos referimos aquí estrictamente a la posición teórica adoptada por el alemán Friedrich Vittinghoff, cuyas tesis criticaremos más adelante.

² Véase *infra* n. 47. Es interesante observar que la posición poststaliana no es precisamente la que mediatiza hoy las aportaciones de los estudios soviéticos, aunque, por ejemplo E. M. Schtjerman no se aparte totalmente de la línea historiográfica revisionista.

³ La inflexibilidad dogmática de F. VITTINGHOFF queda patente en sus trabajos: «Der Übergang von der Antike zum 'Mittelalter' und die Problematik des modernen Revolutionsbegriffes», en P. E. HÜBINGER (ed.): *Zur Frage der Periodengrenze zwischen Altertum und Mittelalter*, Darmstadt, 1969, págs. 298-311 y *Id. et Ibid.: Die Bedeutung der Sklaven für der Übergang von der Antike ins*

abendländischen Mittelalter, págs. 358-366. Cf. en cambio una cumplida crítica a las tesis de Vittinghoff en G. SCHROT: *Wirtschaftliche und soziale Veränderungen in der Spätantike*, en *Neue Beiträge zur Geschichte der alten Welt*, Band II, *Römisches Reich*, Akademie-Verlag, Berlín, 1965, págs. 119-131.

⁴ En un trabajo anterior *El conflicto social y revolucionario tardorromano occidental. Contribución metodológica a un problema de transición*, Salamanca, 1974, que presentamos como Memoria de Licenciatura, hemos llevado a cabo el estudio de la dinámica de las relaciones sociales tardorromanas en torno a un punto central: movimientos y/o revoluciones (En adelante remitiremos a este trabajo como *Memoria*).

sión abierta» a nuevos hechos e interpretaciones y síntesis razonada con base en el estado actual de los conocimientos).

II. SPÄTANTIKE, UN PROBLEMA HISTORIOGRÁFICO

Delimitación histórica del concepto

La consideración global de la «Spätantike» en la historiografía antigua y moderna se ha hecho desde supuestos diferentes y, por tanto, con resultados desiguales.

En realidad, la caracterización de la época romano-tardía como «decadente» tiene su origen en el criterio humanista⁵ que postula la explicación de todo proceso histórico en torno a tres períodos sucesivos —nacimiento, auge y caída—, desde una concepción biológica y mecanicista de la Historia⁶ que hoy parece superada. Es preciso adelantar que, al parecer, los antiguos «contemporáneos» de la época no fueron conscientes de que vivían un tiempo histórico de transición o ruptura⁷ puesto que son muy pocos los testimonios de escritores tardorromanos que dejen ver este entendimiento. Los datos proporcionados por las fuentes tardorromanas hay que incluirlos en un contexto ideológico cristiano-pagano que obstaculizaba la conciencia de estar viviendo una época distinta, porque 1) la literatura cristiana estaba polarizada por la idea final de la esperanza escatológica⁸ como fin del mundo y del Imperio, por lo menos hasta san Agustín⁹, y 2) por su parte, la literatura pagana no podía resignarse a admitir que la *Roma aeterna*, cabeza del Imperio, había cedido su lugar a cualquier otro tipo de «naciones». No obstante, un escritor cristiano del s. III, Cipriano, en su carta *Ad*

Demetrianum se lamenta de la situación a que ha llegado el mundo e induce a pensar que se creía partícipe de un mundo nuevo: «Sábetse que ha envejecido ya este mundo. Ya no tiene las fuerzas que antes lo regían ni el vigor y la fuerza por la que antes se sostuvo (...); el mismo mundo habla ya por sí y con los hechos mismos documenta su ocaso y derrumbe (...); es necesario que pierda vigor todo aquello que acercándose al fin llega al ocaso y a la muerte»¹⁰.

Tampoco el pensamiento cristiano-medieval se planteó el problema de cómo interpretar y qué significaba para ellos el mundo que les había precedido. Es sabido que la historia de tipo cronicista, inmersa en el escolasticismo, no dejaba opción a las reconstrucciones históricas que no fueran recopilaciones de códices, anales y crónicas, pero sin interés histórico¹¹.

La gran contribución a la caracterización de un período histórico proviene, como decíamos, de la corriente humanista. Sin embargo, los hombres del Renacimiento no apreciaron todavía los períodos intermedios —como la «Spätantike»— a los que consideraban como «épocas oscuras» entre dos momentos álgidos. Pero sí vieron una clara diferencia entre lo «antiquo» y lo «recentior» los intelectuales del s. XVII, debiéndose a Cellarius la primera división tripartita de la Historia en *Antiqua* (hasta Constantino el Grande), *Medii aevi* (desde Constantino a la toma de Constantinopla) y *Nova* (la que sigue a 1453). Esta división original corresponde al 1685; cuarenta años después, V. Ernst Löschner, al escribir su «Historie der mitteleren Zeiten» (1725), es el primero que coloca el comienzo de la Edad Media a fines del s. V, y finalmente, ya mediado el XVIII, el Prof. Gatterer, en su «Hand-

⁵ Esta es una afirmación común en la historiografía. Cf. por ejemplo F. G. MAIER: *Las transformaciones del mundo mediterráneo*, s. XXI, Ed., Madrid, 1972, págs. 9 y ss.

⁶ La crítica ilustrada sigue una línea humanista. Cf. la crítica a la historia gibboniana en F. W. WALBANK: *The Awful Revolution*, Liverpool Univ. Press., 1969, págs. 107 y ss.

⁷ R. REMONDON: *La crisis del Imperio Romano desde Marco Aurelio a Anastasio*. Ed. Labor, Barcelona, 1967, pág. 155, señala que el «sentimiento de ruptura podría ser seguido, por ejemplo, a través de los escritos de Eusebio de Cesarea, de Juliano, de Libanio, de Símaco y de Sinesio», pero no precisa ninguna fuente concreta donde se aprecie esta «conciencia» de haber entrado en un mundo

nuevo, aunque estas apreciaciones tampoco resolverían demasiados problemas. La cuestión es otra.

⁸ Cf. a este respecto A. MOMIGLIANO: *Christianity and the Decline of the Roman Empire* y *Pagan and Christian Historiography in Fourth Century A. D.*, en *The Conflict between Paganism and Christianity in the Fourth Century*, Oxford, 1963, págs. 2-16 y 79-129, respectivamente.

⁹ Agustín no confiaba en la escatología y apuntó ya la necesidad de superar esta creencia. Cf. F. PASCHOU: *Roma aeterna. Etudes sur le patriotisme romain dans l'Occident latin à l'époque des grandes invasions* («Patriotisme chrétien et théologie politique»), págs. 169-187.

¹⁰ CIPRIANO: *Ad Demetrianum*, 3 y 5.

¹¹ Cf. la obra todavía válida para cuestiones historiográficas de B. CROCE: *Teoría e Historia de la Historiografía*, Buenos Aires, 1965, 5.^a edic.

buch der Universalhistorie» (1761), habla a menudo de que el final de la Antigüedad corresponde al 476, con la entrada de Odoacro a Italia, fecha que todavía hoy es un lugar común en los manuales de Historia¹². Aunque se generalizaron los límites establecidos para la Antigüedad/Edad Media, los ilustrados, que vieron la caída de la cultura romana en la invasión de los pueblos germánicos —así Montesquieu¹³— o en la implantación oficial del cristianismo, no traspasaron los límites que les imponía su concepción política de la historia. La historiografía del s. XIX será la encargada de fijar límites concretos, abundando en la idea positivista de que la Antigüedad y la Edad Media podían separarse con datos cronológicos absolutos. Este criterio llevó indirectamente a un tratamiento exhaustivo de la «Spätantike» como período de transición.

De ordinario la Antigüedad-tardía en general y la sociedad tardorromana en particular se han considerado como «conceptos» relativos a una época más o menos larga de «crisis y decadencia», de ahí que la historiografía tradicional haya utilizado una terminología impropia, peyorativa, para caracterizarla. Sin embargo, el concepto de decadencia aplicado a un período histórico no es más que una trasposición terminológica del arte a la historia¹⁴. Pero ya a comienzos de este siglo A. Riegl rompió con la idea de decadencia en los estilos artísticos —defendida por neoclásicos como Winckelmann— adoptando un historicismo relativista que se reveló contra el academicismo decimonónico de la escuela neoclásica de Viena al afirmar la existencia de una «Kunstwollen» (voluntad de arte) en toda manifestación artística. Esta aplicación, ciertamente «desafortunada y falsa», como ya apreció Rostovtzeff¹⁵,

contribuye a enturbiar más la ya imprecisa «Spätantike» haciéndola pasar por una época de desestructuración social a todos los niveles (político, económico y cultural) en vías del Medievo. De aquí que se haya llegado a definir la «Spätantike» como «la época en que la unidad, primero cultural y después política, del Imperio universal se disuelve progresivamente, y en la que se instaurarán sobre fundamentos tardoantiguos organismos culturales y políticos así como una nueva estructura económica y social»¹⁶. Para la historiografía tradicional la «Spätantike» tampoco ha sido ajena a la teoría de la transición, que pretende explicar en su totalidad el llamado Bajo Imperio Romano; la denominación de Antigüedad-tardía, según este criterio, se atribuiría a un período de transición de hasta cinco siglos (s. III-VIII)¹⁷ que no puede considerarse globalmente de «decadente»; se trataría de un simple recurso explicativo si no se precisaran los rasgos y notas que definen «continuadamente» la crisis. En este sentido, F. G. Maier ha observado con acierto cómo «en los siglos comprendidos entre el reinado de Diocleciano y Constantino por un lado, y el ascenso de los carolingios, por otro, se perfila con nitidez una interna homogeneidad y peculiaridad en determinados elementos que no pertenecen específicamente ni a la Antigüedad ni a la Edad Media»¹⁸. Resumimos aquí sus rasgos fundamentales: 1) la continua unidad de las regiones mediterráneas como espacio histórico; 2) durante siglos permanece como dominante la nueva estructura social del *Imperium Romanum Christianum*, y 3) lo que da personalidad a la época son las interferencias y posteriores transformaciones. En realidad, la denominación «Spätantike» aplicada a una época de estructuras transitorias, mal definidas, responde a la

¹² Cf. igualmente una «breve historia de la historiografía» sobre la «Spätantike», en F. STROHÉKER: *Um die Grenze zwischen Antike und abendländischen Mittelalter*, en *Germanentum und Spätantike*, Zurich-Stuttgart, 1965, págs. 275-308.

¹³ Cf. MONTESQUIEU: *The Greatness of the Roman and their Decline* (trad. y notas de D. Lowenthal), Cornell Univ. Press, Ithaca, New York, 1968, 1.ª edic.

¹⁴ En la actualidad los historiadores manejan términos y/o conceptos que no son más que préstamos de otras disciplinas; esto ocurre con el de «decadencia» pero asimismo otros como «crisis», «conflicto», «estructura», etc. Por tanto se hace necesario delimitar inmediatamente el «concepto histórico» que estos términos encubren cuando se utilizan en los estudios de Historia, de lo contrario, se contribuye al confusionismo y al equívoco (Adelantemos el hecho de que en este sentido haya que entender, lejos

de todo formalismo, el que los «conceptos históricos de expresión compleja» los hayamos puesto entre guiones, dado que cuando así aparecen los entendemos sólo desde un punto de vista estrictamente histórico).

¹⁵ M. I. ROSTOVZEFF: *The Terms «Decay» and «Decline and Fall»*, recogido en A. F. HAVIGHURSTH (ed.): *The Pirenne Thesis. Analysis, Criticism and Revision*, D. C. Heath & Company, Boston, 1958, págs. 9 y 10.

¹⁶ M. MAZZA: *Lotte sociali e restaurazione autoritaria nel terzo secolo*, Catania, 1970, pág. 113 y s. Mazza toma la definición de MAZZARINO: *Democratizzazione della cultura nel Basso Impero*, en IXº Congrès Int. des Sc. Hist. Stockholm, 1960.

¹⁷ Cf. F. G. MAIER: *op. cit.*, n. 4, pág. 377 y s. Maier comparte las teorías de Pirenne a las que en el fondo debe la concepción de su obra.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 9 y ss.

necesidad de un término técnico que evite el de «decadencia». No hay que olvidar el hecho de que la caracterización de «decadente y transitoria» proviene de la supuesta objetividad de una historia de referencias: estructura romana tardía/estructura occidental europeo-germánica/estructura romano-occidental); esta estructuración comparativa resalta más los contrastes que las coexistencias en vez de abordar el estudio de la estructura real de una sociedad-de-transición que muestre su entidad histórica propia.

La historiografía de los condicionamientos, de las bases y del método

El período que separa la historiografía renacentista de la romántica (s. XVI-XIX) fue sobre todo «acumulativo» y contribuyó en gran medida a mantener como válida la imagen de que la caída de Roma había sido producto de un enfrentamiento necesario entre la «razón» romana y la «barbarie» germánica.

Ya en el último tercio del s. XVIII las teorías de Edward Gibbon sobre la «The History of the Decline and Fall of the Roman Empire» (1776) iban a facilitar una profundización en el estudio de los hechos particulares (religiosos, morales, políticos y militares), sopesando la importancia que cada uno de ellos pudo tener en el derrumbamiento del Imperio Romano de Occidente. Desaparece ya en Gibbon la idea hostilista según la cual el derrumbe imperial sería la consecuencia de los ataques externos que soportó el Imperio; todo lo contrario, el Imperio habría subsistido demasiado y sería derribado por el peso de su propia estructura¹⁹.

Es en el s. XIX cuando el problema de la «caída» va a tomar los caracteres propios de polémica moderna en la historiografía, ahondando en la mayor o menor influencia de las causas o razones, formulaciones de todo tipo que se añadieron al conocimiento «actual» de los hechos particulares y que fueron a su vez la plataforma de posteriores inter-

pretaciones y planteamientos. Se distinguen claramente dos líneas temáticas, que hoy son complementarias: la línea darwinista seguida por Otto Seeck, y, la línea económica inaugurada por Max Weber; ambas han agrupado en su torno un nutrido número de historiadores y sociólogos²⁰.

Con todo, la visión histórico-positivista no daba cabida todavía a interpretaciones más coherentes, basadas en el significado histórico posterior de los hechos tordarromanos. Por esta razón se ha intentado enmarcar la problemática de la «caída» en la «transición», es decir, hacer depender el problema de la desaparición política del Imperio Romano de Occidente de la explicación histórica que se dé al paso del mundo antiguo al mundo medieval. El conflicto teórico entre las escuelas que mantienen la polémica no ha favorecido una solución satisfactoria que explique ambas cuestiones: caída y transición, que, sin duda alguna, están en la base de la problemática actual sobre la «Spätantike». Los resultados prácticos son aún insuficientes, máxime teniendo en cuenta que la discusión adopta un dualismo doctrinal que nada soluciona; los historiadores que han intervenido en la polémica se fijan objetivos distintos porque proceden de campos diferentes y parten de bases dispares: vía Antigüedad/vía Edad Media. Los primeros son los mismos que han analizado la crisis del s. III y que buscan ahora el dar una «solución-de-continuidad» histórica a la época antigua; los segundos, en cambio, se ven obligados a introducir en su temática altomedieval referencias constantes relativas a la ruptura con el mundo antiguo. Por todo ello, el período intermedio entre estos dos mundos se simboliza en una «crisis-transición»²¹, secular e ininterrumpida, en la que los niveles económico, social y político son un producto degradante de una situación social anterior considerada «en auge». No obstante, hay que tener presente que «crisis», como ha observado R. Starn, ha resultado ser un término útil para satisfacer la exigencia de concepciones mecanicistas y orgánicas de la política y de la sociedad²² y de igual modo la

¹⁹ Es éste quizá el pasaje más citado de la obra de Gibbon y en el que se han basado varios estudios importantes: F. W. WALBANK: *op. cit.*, págs. 107 y ss.; A. MIGNIANO: *Gibbon's Contribution to historical method*, en *Studies in Historiography*, London, 1966; y L. WHITE (ed.): *The Transformation of the Roman World. Gibbon's Problem after Two Centuries*. Univ. California Press, Berkeley and Los Angeles, 1966.

²⁰ Hoy se intenta superar tanto el culturalismo histórico seeckiano como el economicismo sociológico de We-

ber, intentando comprender la complejidad del proceso en el que el Imperio Romano de Occidente desapareció como Estado político-administrativo organizado. Cf. el planteamiento-síntesis de M. VIGIL: *La Península ibérica y el fin del mundo antiguo*, en *Las Raíces de España*, Madrid, 1967.

²¹ Cf. el estudio crítico-histórico de R. STARN: *Historians and «Crisis»*, «Past and Present», 52 (1971), págs. 3-22.

²² *Ibid.*, pág. 6.

«transición» se ha convertido recientemente en una especie de panacea del pensamiento marxista, en la que éste ha cifrado todas sus esperanzas de una concepción científica de la historia.

De la historiografía positivista basada en el estudio de los condicionamientos externos e internos de la crisis se había pasado a una nueva historiografía-tipo, preocupada por establecer las bases de la situación de crisis²³. De aquí surgiría a su vez una nueva línea historiográfica, que llega hasta nuestros días, en la que la metodología se establece como fundamento de la explicación histórica; los hechos históricos «positivos» son relegados ante la prioridad de los planteamientos y de los problemas metodológicos, que intentan salvarse a distintos niveles: 1) cómo se llegó a la crisis (Shinkhovitch, Huntington, Vassiliev); 2) sus distintas facetas en lo social (Seeck, Frank, Vogt), en lo económico (Rostovtzeff, Boak), en lo político (Walbank)²⁴; y 3) la explicación histórica global de la sociedad antigua, formulada por el materialismo histórico (Marx, Engels, Lenin), y revisada a mediados de nuestro siglo por Stalin, continuando en esta línea revisionista las escuelas soviética y alemana (Schtajerman, Held, Vittinghoff frente a Christ, Seyfarth, Hübinger y Koch), por citar sólo sus máximos representantes²⁵. Por tanto, el giro historiográfico sobre este problema viene dado por las aportaciones materialistas que intentan explicar el proceso de la crisis, transición, caída y desaparición político-administrativa del Imperio Romano de Occidente desde «supuestos» no tradicionales. En efecto, la «Spätantike» vendría a ser una «época-de-revolución-social» esto es, el proceso histórico en el que se gesta el cambio de una sociedad de tipo esclavista a una sociedad de tipo

feudal. No obstante, la ya centenaria discusión materialista no goza hoy de una posición clara y fija. Las aportaciones del círculo soviético a la «historiografía del método» han puesto en entredicho —desde Stalin, 1951— la validez de una «revolución de esclavos y colonos» que permaneció largo tiempo como dogma, aunque no hay que olvidar que fueron, sobre todo, los historiadores de Occidente (Westermann, Vogt, Finley, Jones) quienes contribuyeron a corregir la confusión sobre el carácter y significado histórico de la esclavitud antigua²⁶.

Por otra parte, la historiografía de inspiración marxista²⁷ de los últimos veinte años ha buscado la solución de estos problemas —con resultados opuestos— sin hacer concesión a las posiciones intermedias. En común ha contribuido a la configuración de un cuerpo conceptual-analítico —más bien confuso— desde el que se aborda la cuestión revolucionaria de la «Spätantike»; la forma, más o menos objetiva, en que este sistema se interprete determina en gran medida la validez de los planteamientos, desarrollo y conclusiones que se dé a la problemática. Como punto de partida habría que reseñar el hecho de que Marx y Engels intentaron explicar la caída de Roma, génesis de la temática revolucionaria tardoantigua, abstrayéndola de la teoría del desarrollo histórico del modo-de-producción capitalista²⁸ y no incluyeron en su estudio un desarrollo histórico típico de las sociedades preburguesas²⁹. De ahí que el postulado revolucionario engeliano, que se expresa como la contradicción entre Base y Superestructura («Basis und Überbau») resulte hoy simplista para la época tardoantigua, si no se precisan los «momentos» que concretizan el conflicto social-revolucionario de la

²³ Como orientación pueden consultarse los fragmentos recogidos por P. E. HÜBINGER, en *Zur Frage der Periodengrenze zwischen Antike und Mittelalter*, loc. cit., y especialmente su artículo allí mismo: «Spätantike und Frühmittelalter. Ein Problem Periodendilbung», original de 1968.

²⁴ Cf. la selección de fragmentos editados por D. KAGAN, en *Decline and Fall of The Roman Empire. Why did it collapse?*, Massachusetts, 1962, en donde compendia con buen criterio las principales aportaciones de la historiografía sobre esta temática.

²⁵ Véanse especialmente E. M. SHTAJERMAN: *Die Krise der Sklavenhalterordnung im westen Römischen Reiches*, Berlin, 1964, trad. de W. Seyfarth.; F. VITTINGHOFF: *op. cit.*; K. CHRIST: *Untergang des Römischen Reiches in antiker und modernen Sicht*, en *Der Untergang des Römischen Reiches*, loc. cit., págs. 1-31; W. SEYFARTH: *Der Begriff «Epoche sozialer Revolution und die Spätantike»*, «Klio» 49 (1967), págs. 271-283; Id.: *Soziale Fragen der*

spätromischen Kaiserzeit im Spiegel des Theodosianus, Berlin, 1965; P. E. HÜBINGER: *art. cit.*; H. KOCH: *Die Deutung des Untergangs des Römischen Reiches im Historischem Materialismus*, en K. CHRIST (ed.): *Der Untergang des Römischen Reiches*, loc. cit., págs. 425-455; y recientemente W. HELD: *Die Vertiefung der allgemeinen Krise im Westen Römischen Reiches. (Studien über sozialökonomischen Verhältnisse am Ende des 3. und in der ersten Hälfte des 4. Jahrhunderts)*, Berlin, 1974.

²⁶ Cf. M. A. LEVI: *La storia antica negli studi sovietici*, en *Studi in onore di Gaetano Scherillo*, II, Milano, 1972, págs. 909-914.

²⁷ En *Memoria*, n. 107, hemos expuesto con amplitud los principales trabajos de este tipo de historiografía.

²⁸ Cf. H. KOCH: *art. cit.*, pág. 431.

²⁹ Cf. una obra reciente de L. I. FEDELI: *Marx e il Mondo Antico. Materialismo storico e società precapitalistiche*. Centro di St. Terzo Mondo, Milano, 1973.

«Spätantike», y por ello, igualmente, la necesidad de una periodización previa, que aborde la problemática de una forma racional³⁰.

III. RENOVACIÓN DE LA PROBLEMÁTICA REVOLUCIONARIA TARDOANTIGUA: SOLUCIONES METODOLÓGICAS

El principal problema histórico que plantea la historiografía actual sobre la transición-revolución de la «Spätantike» radica en aclarar cómo se produce el paso de una formación económico-social a otra. Mihail Andreev, en un artículo inapreciable por sus sugerencias, ha creído ver resuelto el problema bajo la consideración ideológica de la lucha entre lo «viejo» y lo «nuevo», con la imposición final de esto último³¹. Pero el historiador búlgaro no concluye nada acerca de cuándo, cómo y por qué se imponen las nuevas relaciones-sociales-de-producción sobre las «viejas» ni por qué éstas se ven desplazadas por el auge de las nuevas fuerzas productivas. El problema es complejo y no admite soluciones unilaterales³², porque se suele olvidar que, en el modelo del modo-de-producción desde el que se intenta resolver la problemática, no caben soluciones explicativas sino analíticas, que enmarcan pero no agotan la explicación histórico-real de los hechos (reales, concretos y complejos frente a la abstracción, generalidad y simplicidad que corresponde a los modelos) a menos que se delimiten las «variables» integrantes, que dan personalidad histórica a la época o período en estudio. Un análisis sistemático, que desbordaría ampliamente el objeto que ahora nos ocupa, exigiría un examen profundo y riguroso de distintos tipos de fuentes (monumentos y documentos) para aceptar como racional lo que en teoría se presenta como válido.

Desde esta perspectiva, las formulaciones teóricas sobre la transición «esclavismo-feudalismo» han posibilitado una visión más crítica y coherente del

fenómeno tardoantiguo, que ha sido caracterizado con categorías revolucionarias. S. Mazzarino en «Si può parlare di rivoluzione sociale alla fine del mondo antico?» (1962)³³ expuso una división de las tendencias de la historiografía revolucionaria tardoantigua que hoy resulta incompleta e incluso inexacta. Hablaba Mazzarino de dos líneas bien diferenciadas: Stutz - Masckin - Kashadn/Dannenbauer-Strohëker-Kovaliov-Schtajerman³⁴. La primera de ellas aceptaba la existencia de la revolución tardoantigua como «revolución social» (Stutz) o «revolución proletaria» (Masckin, Kashdan) mientras que la segunda negaba la entidad revolucionaria de la Antigüedad-tardía. Esta clasificación elemental entre «los que afirman y los que niegan» aun siendo realista en lo esencial no es satisfactoria porque, hoy, matizando las diferencias entre unos y otros historiadores, se elaboraría una clasificación por escuelas mucho más objetiva, como la escisión —aún no lo suficientemente generalizada— entre la historiografía revolucionaria «soviética» y la «occidental». Aparte de los tradicionales defensores soviéticos de la revolución tardoantigua, resultaría que historiadores como Kovaliov y Schtajerman³⁵ no la niegan abiertamente hasta el punto que la presuponen. Por otro lado la línea no-revolucionaria Dannenbauer-Strohëker³⁶ no sería tal puesto que no participan de la problemática sino que continúan la tradición que arranca de Dopsch y Pirenne.

En nuestra opinión, la problemática concreta de la existencia de «revolución social» al final del mundo antiguo plantea, en el análisis histórico, dos cuestiones básicas que es preciso delimitar:

a) un problema conceptual y/o terminológico: por un lado, precisar el alcance de los conceptos históricos (el de «revolución» en general y el de «revolución social» en particular); por otro lado, la justificación y adaptación por el uso en ciertos términos que, en principio, no parece correcto aplicarlos en el análisis de la problemática tardoantigua. Será preciso: en primer lugar, señalar las limitaciones

³⁰ Sobre este problema cf. *Memoria*, cap. I, págs. 39-58.

³¹ M. ANDREEV: *Zur Frage des Übergangs von der Sklaverei zum Feudalismus und zur Entstehung frühesten feudaler Verhältnisse*, «Klio» 49 (1967), págs. 305-312.

³² A. H. M. JONES: *The Roman Colonate*, en *Studies in Ancient Society*, ed. por M. I. FINLEY: *Past and Present*, London and Boston, 1974, págs. 288-303.

³³ S. MAZZARINO, en Sett. di St. di St. Centro It. St.

sull'Alto Medioevo, IX, *Il passaggio dall'Antichità al Medioevo in Occidente*, Spoleto, 1962, págs. 410-425.

³⁴ *Ibid.*, pág. 423.

³⁵ KOVALIOV: *Historia de Roma* y SCHTAJERMAN: *op. cit.*

³⁶ H. DANNENBAUER: *Die Entstehung Europas. Von der Spätantike der abendländischen Welt*, Stuttgart, 1962, 2 vols. F. STROHËKER: *op. cit.*

fundamentales del concepto típico de revolución al aplicarlo a la «Spätantike», concretando el alcance del fenómeno revolucionario en este período, y, de otro lado, restringir el significado de los términos o depurar su contenido ideológico, si se aplican a una problemática histórica distinta de aquella para la que se crearon.

b) Un problema metodológico: exige la elaboración de una metodología adecuada al objeto histórico en estudio y cuya validez, en el análisis, está determinada por la recta aplicación del «modelo», aplicación siempre revisable mediante los nuevos datos proporcionados por las fuentes; en suma, la elaboración de unas hipótesis de trabajo para la interpretación de los hechos, cuya operatividad no está en absoluto garantizada al utilizarlas de forma mecánica en problemas históricos dispares por el contexto espacio-temporal, socioeconómico e ideológico. Método y modelo están estrechamente ligados al intento de renovar la problemática histórica de la revolución, como solución teórica de la transición del mundo antiguo al medieval.

En consecuencia, el análisis de la «Spätantike» como «época-de-revolución social» exige aclarar una cuestión previa: si el concepto de revolución burguesa es aplicable a épocas distintas de la moderna y contemporánea; si hubo revolución, qué «formas» la expresaron, o bien, si, por el contrario, un simple proceso evolutivo puede explicar las tendencias y transformaciones que se produjeron en la naturaleza de las relaciones históricas de la sociedad tardorromana occidental. De nuevo aquí la conceptualización histórica debe completar el contenido común de los términos; la cuestión no es simplemente de terminología, como podría parecer, si previamente dejamos sentada una diferencia básica entre el proceso «evolutivo» y el «revolucionario»: el primero hace referencia a una sucesión concatenada de una serie de hechos históricos mientras que por «revolucionario» habrá que entender ya «un cambio radical en la naturaleza de los hechos» en un momento o proceso históricos dados³⁷. Este esquema formal aplicado a la realidad histórica se expresa en categorías socioeconómicas, políticas e

ideológicas de las que se puede deducir un tipo particular de revolución para el contexto antiguo tardío. Pero como asimismo la realidad escapa a cualquier tipo de esquema mental que pretenda abarcarla en su totalidad, las hipótesis de trabajo elaboradas para comprenderla tienen que ser algo más que una mera yuxtaposición formal a datos y hechos considerados «reales». En este sentido, no cabe duda de que el período-de-transición tardorromano, sistematizado en un proceso de trastornos y convulsiones sociales, se expresa tanto con categorías evolutivas como revolucionarias de tal manera que «evolución» y «revolución», conceptualmente antagónicos, pasan a ser conceptos históricos, complementarios para el análisis de una estructura socioeconómico-política: la tardorromana. Igualmente, una metodología válida para el análisis será aquella que agrupe las estructuras en conjuntos complejos analizables, según las interrelaciones y/o autonomías entre los distintos niveles que configuran una formación socioeconómica determinada. Una de las opciones metodológico-analíticas podría ser la elaboración de una periodización socioestructural con base en las transformaciones habidas, de tal forma que los «momentos» o estadios concretos localizados en su desarrollo reflejen el ritmo externo/interno de las instancias (económica, sociopolítica e ideológica) en relación con el todo social, a fin de detectar la naturaleza del cambio, no sólo «coyuntural» sino también «estructural». No obstante, la periodización tradicional del Imperio Romano se ha basado fundamentalmente en categorías políticas delimitadas cronológicamente; de ahí el paralelismo de la doble división entre Principado/Dominado y Alto/Bajo Imperio, generalizada en los manuales de Historia de Roma. Esta deficiente división cronológico-política es fácilmente explicable: el estudio de las instituciones políticas a lo largo del Imperio hizo suponer que podrían establecerse etapas diferentes en la organización de la sociedad imperial cuando, en realidad, la pretendida evolución institucional obedecía sólo a las distintas formas que adoptó el poder político a lo largo del Imperio. En el plano metodológico, esta visión política de la historia imperial

³⁷ Es preciso tener presente la diferencia espacio-temporal que separa los conceptos «revolución social» y «época de revolución social». Por «revolución social» habrá que entender aquí el *momento revolucionario*, frente

a la *situación revolucionaria*, mejor simbolizada en la *época-de-revolución social*. En el primer caso alude al *hecho*; en el segundo, al *proceso*.

subestimaba los períodos intermedios, como la crisis del s. III, que se ha revelado de vital importancia para comprender por qué se establece como límite de dos formas de organización socioeconómica distintas: de la sociedad-estado antigua, como centro de la vida económica y política, al campo³⁸; de la mano de obra esclava a las relaciones de colonato romano bajoimperial, con las formas típicas que hoy caracterizan estas relaciones³⁹. La unilateralidad inherente a la periodización «lineal» velaba también una interpretación más coherente de la realidad histórica, ordenada en complejos socioestructurales no susceptibles «*sensu stricto*» de delimitaciones cronológicas absolutas. Es decir, coexistieron por un lado las relaciones sociales de tipo esclavista con las propias del colonato y, por otro, estas últimas con las que se derivaron del régimen de patrocinio a partir de mediados del s. IV⁴⁰.

Finalmente, teniendo en cuenta que las relaciones sociales reflejan en última instancia las relaciones-de-producción de una formación social concreta, el fenómeno de la «revolución social» aparecerá como el resultado necesario —en una fase avanzada de su desarrollo— del desajuste entre los «supuestos» que rigen las relaciones sociales estables en una sociedad dada.

Este postulado, expresado en términos de materialismo histórico, viene determinado por la no-correspondencia entre el grado de desarrollo alcanzado por las «nuevas» fuerzas productivas y el de las «viejas» relaciones-de-producción, todavía vigentes. Ello implicaría, siguiendo el planteamiento materialista, que el paso de una formación socioeconómica a otra se resuelve por el cambio del modo-de-producción y éste a su vez se expresa mediante una época-de-revolución social. No obstante, una parte de la historiografía que hemos relacionado primordialmente con el método ha puesto en entredicho estas tesis, amparándose en el origen burgués de la concepción marxista. En cualquier

caso resulta claro que el planteamiento materialista exige una serie de matizaciones previas al aplicarlo a épocas preburguesas. Por ejemplo:

1. ¿Puede hablarse de «clases» en la «Spätantike»? ¿Cómo se definen éstas en el contexto revolucionario tardoantiguo?

En este sentido, se ha visto la necesidad de diferenciar los distintos grupos sociales catalogables en el seno de las «clases», con la ayuda de los datos que proporcionan las fuentes⁴¹. Por otra parte, si el concepto marxista de clase implica el de relaciones-de-clase y el de lucha-de-clases habrá que entenderlos de forma específica para las sociedades preburguesas⁴²; por ejemplo: ¿pueden verse estos conceptos en los movimientos sociorrevolucionarios de «bagaudas» y «circumcelliones»?

2. La no-correspondencia fuerzas productivas/ relaciones-de-producción, ¿en qué medida puede ser constatada para este período?

No está claro cómo se pudo producir el avance de las fuerzas productivas sobre las relaciones-de-producción imperantes si, por otro lado, se admite generalmente un «bloqueo» tecnológico en la Antigüedad-tardía⁴³. En su contra se ha creído ver una gran especialización en determinados trabajos y técnicas de la «Spätantike»⁴⁴, cuya implicación en el progreso tecnológico-productivo resulta cuestionable.

3. ¿Existió una ideología y/o conciencia revolucionaria? ¿En qué sentido la ideología religiosa pudo servir de cohesión entre los grupos o clases oprimidos, como base ideológica aglutinante y revolucionaria?

Algo similar a la implicación «clases-relaciones-lucha» ocurre con la ideología revolucionaria tardoantigua. Porque si se tiene en cuenta que, a lo largo de la historia, la ideología ha adoptado formas religiosas hasta la revolución francesa⁴⁵, queda fuera de toda duda que el cristianismo sirviera de

³⁸ Importantes observaciones sobre esta cuestión ciudad/campo en S. MAZZARINO: *Aspetti sociali nel quarto secolo. Ricerche di Storia tardo-romana*, «L'Erma» di Bretschneider, Roma, 1951.

³⁹ R. CLAUSING: *The Roman Colonate; the theories of its origin*, «L'Erma» di Bretschneider, Roma, 1965 o el art. cit. en n. 32, de A. H. M. JONES.

⁴⁰ Cf. *supra*, n. 30.

⁴¹ Es la directriz seguida por Shtajerman, en *op. cit.*

⁴² Cf. L. I. FEDELI: *op. cit.*, págs. 7-15.

⁴³ Es la tesis defendida por V. DE MAGALHAES-VIL-

HENA: *Desarrollo técnico y científico y obstáculos sociales al final de la Antigüedad*, Madrid, 1971.

⁴⁴ Kiechle mantiene la posición contraria a Magalhaes-Vilhena, desde la que de algún modo se justificaría el desajuste «fuerzas productivas/relaciones-de-producción». Cf. en este sentido F. KIECHLE: *Sklavenarbeit und technischer Fortschritt im Römischen Reich*, Wiesbaden, 1960.

⁴⁵ Las cuestiones relativas a teoría de las formaciones sociales pueden ampliarse consultando S. AMÍN: *El desarrollo desigual de las formaciones sociales*.

plataforma ideológica en la que se asentaron los conflictos sociorreligiosos y sociopolíticos (*circumcelliones* y Bagaudas, respectivamente) de la «Spätantike» romano-germánica.

Algunas definiciones recientes de *revolución social* hacen más confusa la ya problemática existencia de ésta en la Antigüedad-tardía y, desde luego, su dogmatismo no deja opción a otras posibles interpretaciones. Así, M. Harnecker la define como «el proceso consciente y violento de destrucción de las antiguas relaciones de producción, y por lo tanto, de las clases sociales que son sus portadoras», es decir, «el aspecto cumbre de la lucha de clases»⁴⁶. Una rigidez similar lleva implícita la definición dada por la Enciclopedia Soviética en torno a dos principios: 1) la revolución social es la etapa más importante del desarrollo histórico, y 2) implica el que las clases más progresistas lleven a cabo el cambio revolucionario de la estructura socioeconómica⁴⁷.

Categorías como conciencia, clases y lucha de clases parecen ser elementos de algún modo irremplazables en todo proceso histórico revolucionario o que pueda calificarse como tal. Pero bastaría o olvidar que, como hemos observado más arriba, resulta arriesgado aplicar conceptos y categorías de cuño burgués, a formaciones sociales diferentes de ésta en su estructuración interna y externa, en los distintos niveles de desarrollo socioeconómico e ideológico, y en definitiva, en su normativa política e institucional. Y si, por otro lado, admitimos que la formación social tardorromana ocupa un lugar espacio-temporal propio en el continuo histórico, está claro que exige al menos un tratamiento distinto. Precisemos históricamente estos asertos:

La estructura económico-social se engloba en un sistema de relaciones protofeudales⁴⁸, que separa las relaciones esclavistas de la antigüedad clásica grecorromana de las propiamente feudales, que definen la socioeconomía medieval hasta los tiempos modernos. Pero ¿cómo se pasó de uno a otro sistema de relaciones?, o lo que es lo mismo, de qué forma se realizó la transición del modo-de-producción

esclavista al feudal. Se ha dicho que mediante una época-de-revolución social⁴⁹. Sin embargo, a pesar de sus limitaciones, la idea de una revolución social en sentido amplio se revela preferentemente válida para a) enjuiciar —desde la teoría— una serie de hechos que, a modo de síntesis, definen la temática tardoantigua: transformaciones político-económicas; convulsiones y conflictos sociales (a distintos niveles: Estado/grandes propietarios «terratenientes»; grandes propietarios/colonos y esclavos) e ideológicos (paganismo/cristianismo); reformas administrativas y fiscales (a partir de Diocleciano y Constantino); represión de los movimientos sociorreligiosos y de las revueltas armadas campesinas, y b) para subrayar la eficacia de los mecanismos de control proyectados «desde arriba», según distintos métodos: obstáculos sociales al desarrollo tecnológico, exacciones onerosas, pretendida inmovilidad campesina (leyes de adscripción al suelo del 332). De una economía ciudadana altoimperial se había pasado a una economía bajoimperial de tipo rural y el estatuto jurídico-político dictará desde ahora las categorías socioeconómicas prevalecientes en la «Spätantike»; las relaciones sociales de producción se fundamentarán en un nuevo capítulo de las relaciones hombre-hombre: el de los lazos de dependencia, que se pretenden legalizar por medios extraeconómicos.

Esta sinopsis histórica del contexto tardoantiguo deja claro que, al menos, en rigor histórico, para nosotros el concepto «revolución» hace referencia sobre todo a «una realidad social a todos los niveles», a una totalidad concreta⁵⁰, no solamente a lo político-ideológico, sino a lo «social» en el más amplio sentido, es decir, socioeconómico, con los procesos y desarrollos que este nivel implica, más o menos condicionado por factores políticos e ideológicos cuya combinación y ritmos propios establecen la situación de equilibrio o desequilibrio en la estructura social, entendida en su conjunto. Por consiguiente, el nivel socioeconómico de las Clases relacionado con el nivel ideológico de las mismas matizará en cada caso el carácter peculiar del pro-

⁴⁶ M. HARNECKER: *Conceptos elementales del materialismo histórico*, Madrid, 1973, págs. 211-213.

⁴⁷ Cf. W. SEYFARTH: *art. cit.*, pág. 275.

⁴⁸ Cf. en este sentido el trabajo relevante de Z. V. OUDAL'TNOVA y E. U. GOUTNOVA: *La genèse du féodalisme dans les pays d'Europe*, presentado al XI^o. Congreso Internacional de Ciencias Históricas, 16-23 de agosto, Moscú,

1970, págs. 1-22, y el de M. ANDREEV: *cit.*, completado por el de I. HAHN: *Das bäuerliche Patrocinium im Ost und West*, «Klio» 50 (1968), págs. 261-276.

⁴⁹ SEYFARTH: *art. cit.*

⁵⁰ Para Koch es aún un grave problema. Cf. *art. cit.*, pág. 426.

ceso revolucionario tardoantiguo, que, en última instancia, es la expresión de las contradicciones sociales existentes, cuyas líneas de fuerza sería preciso determinar⁵¹. Resulta fácil, en efecto, elaborar una tipología elemental que adscriba los movimientos sociales y revolucionarios tardorromanos a categorías sociológicas, en torno a la naturaleza, carácter y trascendencia social de los grupos enfrentados. Así:

- a) movimientos de disidentes religiosos (o socio-religiosos);
- b) movimientos bagáudicos (o sociopolíticos);
- c) revueltas e insurrecciones campesinas (o socioeconómicas) (Su localización y manifestaciones son particulares y no separables del espacio/tiempo histórico en el que tienen lugar)⁵².

Por último la exposición crítica de algunas aportaciones de los estudiosos del tema revolucionario tardoantiguo, desde perspectivas diferentes, nos ayudará a delimitar suficientemente las homologías y/o diferencias entre la revolución «clásica» y la «tardoantigua».

Tomemos como base las aportaciones de M. Andreev, W. Seyfarth y F. Vittinghoff. Cada uno por separado representan a una generación de historiadores que se mueven en el ámbito de la «inspiración marxista» con acusadas diferencias, como probaremos inmediatamente:

Mientras a Andreev lo que realmente le preocupa es dar una solución teórica que fundamente el paso del modo-de-producción esclavista al modo-de-producción feudal⁵³, Seyfarth se encarga de apuntar la solución «real» del modo-de-producción-de-transición que se genera y desarrolla en la «Spätantike» = una época-de-revolución social. En el polo opuesto a ambos, pero utilizando una terminología materialista vacía de contenidos marxistas, F. Vittinghoff erige como principio de sus apreciaciones la negación rotunda de lo que se ha llamado el «dogma de la revolución de esclavos y colonos». El Profesor de Colonia lleva hasta sus últimas consecuencias la tesis staliniana y se separa de la línea teórica marxista cayendo en anacronismos fáciles como el de pretender justificar la no-existencia del

proceso revolucionario tardoantiguo aplicando —para su comprobación— el modelo de revolución burgués típico, y utilizando para ello una terminología cuya conceptualización —evidentemente ahistórica— adolece de graves errores de método.

En ellos no obstante confluyen las distintas direcciones que ha tomado la polémica revolucionaria de la Antigüedad-tardía. Porque:

Seyfarth apoya el análisis marxista en consideraciones teóricas e históricas del período tardorromano; Andreev plantea la expresión histórica de la transición en la sociedad tardorromana-germánica, y Vittinghoff, partiendo de ideas prefijadas que tienen su origen en una metodología intencional rechaza la posibilidad de que la «transición» se expresara de forma revolucionaria, basándose en consideraciones ideológicas previas y ajenas al material histórico que maneja⁵⁴.

Sintetizando: el paso de una formación socioeconómica a otra, esto es, la discordancia entre las instituciones y las relaciones sociales históricas en un momento dado, se plantea en el marco de la lucha «viejo-nuevo»; una lucha y una derrota, según Andreev. No cabe duda de que esta constante histórica que se manifiesta en el enfrentamiento realidad/instituciones responde a la existencia de intereses contrapuestos y se resuelve con la imposición final de las nuevas relaciones, aun cuando pervivan restos de la situación social anterior. Este postulado, en la realidad concreta —histórica— no puede entenderse en términos absolutos sino que, por el contrario, el paso del esclavismo al feudalismo no significaría la erradicación definitiva de la esclavitud ni tampoco la imposición cuantitativa e inmediata de las relaciones sociales feudales sobre las de tipo esclavista; en cambio, hay que pensar que la transición supone la dominación progresiva de un nuevo tipo de relaciones más progresistas sobre las otras, que, en general, se canaliza por vía de síntesis⁵⁵ entre los elementos constitutivos de organizaciones socioeconómicas diferentes: tardorromana y germánica. Por otra parte, hay que admitir el hecho de que el tiempo y ritmo «lentos», aplicables a estructuras de dependencia semifeudal o feudal sean siquiera comparables con la «rapidez»

⁵¹ Cf. SCHROT: *art. cit.*

⁵² Cf. *Memoria*, págs. 143 y ss.

⁵³ Por solución teórica habría que entender una explicación lógico-real de la transición de un modo-de-producción a otro. De todos modos, esta teórica plantea

grandes dificultades de interpretación.

⁵⁴ Sin duda pueden extraerse otras conclusiones de estos estudios, pero no es nuestro propósito aquí agotar el problema.

⁵⁵ Cf. n. 48, *supra*.

evolutiva que caracteriza a las relaciones sociales de épocas posteriores, modernas. Precisamente es esa «lentitud» evolutiva la que ha hecho problemática, en muchos casos, la aceptación de un contexto revolucionario tardoantiguo. No obstante, parece claro que las relaciones de colonato tardorromano 1) se engloban en un marco conflictivo «gran terrateniente/pequeño colono arrendatario», y 2) contenían los elementos originales de una cierta forma de dependencia de tipo feudal. Ambos caracteres coexisten en forma evolucionada en el régimen de patrocinio frecuente en el Bajo Imperio Romano, en el que ya es posible ver relaciones feudales primitivas. En este sentido, Mihail Andreev se

preguntaba acertadamente «cómo sería posible a la vez negar para el Bajo Imperio y admitir para los estados bárbaros que se establecen sobre las ruinas de aquél, que en éstos se dieran 'relaciones feudales primitivas', si, por otra parte, es cierto que tales relaciones protofeudales fueron más escasas en los primeros pueblos bárbaros de lo que lo fueron en la época del Dominado Romano las relaciones de colonato, germen de aquéllas»⁵⁶. Este interrogante se resuelve al asignar distintos niveles a la dinámica de las relaciones sociales feudales en el proceso «acumulación-reproducción» inherente a todo modo-de-producción-de-transición.

⁵⁶ M. ANDREEV: *art. cit.*, págs. 310-312, donde desarrolla esta proposición.